



Desde Cuba y sin Amor

“Cuando salí de Cuba
dejé enterrado mi corazón”.

Según las informaciones que los medios de comunicación masiva nos han servido hasta la saturación, entre finales de abril y primeros de junio más de cien mil cubanos habrían emigrado hacia los Estados Unidos. Durante siete semanas, decenas de pequeñas embarcaciones hicieron el recorrido entre el puerto de Mariel y Cayo Hueso, transportando su mercancía humana como una moderna “flotilla de la libertad”. El tema ha sido profusamente explotado por los medios propagandísticos norteamericanos, tanto los propios (La voz de los Estados Unidos) como los criollos (la prensa local salvadoreña). Tras la cortina de la objetividad informativa, la migración cubana ha sido presentada como prueba fehaciente del fracaso de un sistema socialista y la validez de este juicio categórico se ha ido “comprobando” con las declaraciones de los propios emigrantes cubanos —obviamente dispuestos a declarar todo aquello y sólo aquello que más pudiera agrandar a sus anfitriones. Incluso la televisión salvadoreña, tan estreñida en lo concerniente a información, abrió “generosamente” sus tres canales (por cierto, los tres propiedad del mismo dueño, partidario eso sí de la libre empresa) para que se pudiera escuchar ese tipo de mensajes del “pueblo” cubano emigrante.

Negar toda importancia y significación a esta huida masiva de cubanos o atribuirle sin más a la labor contrarrevolucionaria de la CIA sería adoptar una postura tan propagandística y larvada como la expresada por los voceros norteamericanos. Es indudable, ante todo, que Cuba está pasando por un mal momento económico, al cual no es en

modo alguno ajeno el continuo bloqueo y presión yanquis. A pesar de los grandes adelantos logrados por el régimen de Castro, la sociedad cubana aún se encuentra aquejada por serias dificultades y problemas de orden económico y social. Estos problemas ya habrían sido reconocidos públicamente por el mismo Castro, cuya sinceridad contrasta con el cinismo que los gobernantes de turno estilan en otros países del área. Precisamente porque un régimen socialista distribuye las cargas y dificultades entre la población con la misma equidad con que distribuye beneficios y recompensas, ciertos estamentos burgueses comprenden que bajo un régimen capitalista pueden medrar más, incrementar su porción de beneficios individuales, así sea a costa de que otros sectores tengan que cargar con todos o casi todos los perjuicios.

No se puede ignorar tampoco el innegable atractivo que las lentejuelas del consumismo ejercen sobre los individuos, especialmente cuando su pensamiento pierde la perspectiva comunitaria. En este sentido, Estados Unidos, con la rutilante superabundancia en que le permiten vivir sus mecanismos de explotación internacional, constituye un verdadero magneto sobre todo para espíritus simples. Algo de esto se intuye en las declaraciones de algunos de los emigrantes, quienes confesaron su encandilamiento cuando sus parientes de Estados Unidos llegaron a visitarlos a la propia Cuba como auténticos “Papás Noel” redivivos.

Con todo, el asunto es mucho menos claro y tiene muchas más facetas de las que se nos pretenden hacer creer. Por ejemplo, no se entiende muy bien cómo una labor de “generosa” ayuda a refugiados se convierte en un jugoso negocio: mil dólares costaba el “pasaje a la libertad”, así fuera con peligro continuo de que se hundieran las embarca-

ciones "liberadoras". Tampoco se entiende muy bien que quienes los propagandistas norteamericanos consideraron como presos políticos mientras estaban en Cuba ahora que están en Estados Unidos se conviertan en simples delincuentes a quienes se pretende repatriar. Finalmente, tampoco aparece nada claro que mientras se aceptan grupos masivos de cubanos, se cierran violentamente las puertas a emigrantes haitianos o se deporten de regreso a sus países a emigrantes mexicanos, guatemaltecos o salvadoreños.

Este último punto merece reflexión. Según las autoridades norteamericanas, la simultánea bienvenida a los cubanos y rechazo a los haitianos se debería a que los cubanos irían huyendo de la opresión política, mientras los haitianos simplemente estarían huyendo de la pobreza. Curiosa declaración. Ciertamente, se reconoce, así sea indirectamente, que en Cuba ya no hay pobreza y, por tanto, que el régimen de Castro ha conseguido, sin dólares ni técnicos USA, lo que la mayoría de los regímenes latinoamericanos no han conseguido con dólares y especialistas de la AID. Pero resulta demasiado cínico un juicio que califica de opresiva la situación política de Cuba y, por omisión comparativa, de no opresiva la situación de Haití. Papa Doc se habrá reído en su tumba. Probablemente desde esa perspectiva tampoco sea opresiva la situación de Corea del Sur o de Filipinas o, para el caso, de El Salvador. Quizá ya ni lo sea la de China continental, estigmatizada como gran violadora de los derechos humanos hasta que volvió a abrir sus puertas a los intereses económicos y políticos norteamericanos. Lamentablemente, este tipo de juicios no resulta aceptable ni siquiera para una buena parte de norteamericanos, precisamente aquéllos que por ser negros (como los haitianos) tienen que cargar con las escorias del sistema capitalista en la propia metrópolis imperial. Los recientes motines raciales en Miami

—verdadera cloaca de América Latina— resultan un indicador de que los propios norteamericanos no han sido capaces de eliminar la opresión racial en su misma casa.

Desde luego, a Estados Unidos le interesa mucho más que se hable de los problemas cubanos a que se hable de los problemas de los regímenes promovidos y sustentados con sus dólares y sus armas. En el momento electoral en que se vive, ante la clara rechazación del electorado norteamericano y la crisis generalizada del sistema capitalista en el área centroamericana, atacar a Cuba resulta un buen recurso para mostrarse "halcón" sin tener que enfrentar los verdaderos problemas de la política internacional yanqui. Es mejor hablar de lo terrible que es vivir en Cuba trabajando que de lo maravilloso que debe ser morir en Guatemala o en El Salvador bajo las balas asesinas de quienes defienden los principios yanquis de la libre empresa y reciben para su beneficio privado los dólares del contribuyente norteamericano.

Cabe preguntarse qué pasaría si se abriera una "ruta de la libertad" desde México, El Salvador o Colombia hacia Estados Unidos. Cabe preguntarse qué pasaría si los "espaldas mojadas", en vez de ser perseguidos y deportados, fueran recibidos por acogedores comités humanitarios. Pero, claro, ellos irían huyendo de la pobreza, y esos parecen no interesar al gobierno de los Estados Unidos. Por el contrario, sí interesan unos miles de cubanos que, por lo visto, no huyen de la pobreza sino de un régimen político. Un régimen que precisamente ha eliminado la pobreza de Cuba. Un régimen, por tanto, al que hay que desprestigiar no sea que sirva de ejemplo a otros pueblos cansados de servidumbre, eso sí, en un sistema de libre empresa.

I.M.B.